

CAPÍTULO VI.

Versificación.

Los fenómenos musicales de la palabra son tan universalmente conocidos como imperfectamente analizados; existen, es verdad, extensos tratados sobre el canto, pero en ellos se subordina la voz humana á la de cualquiera otro instrumento; las exigencias de la versificación han dado origen á la prosodia, pero ésta acomoda sus observaciones empíricas á la pronunciación literaria de un idioma determinado; se sabe, por último, que hay en la prosa una especie de canto; pero la misma palabra *especie* nos revela que ese canto, aunque de muy antiguo presentido, todavía no aparece formulado. Determinemos, pues, si hay algunos elementos musicales que constante y necesariamente acompañen á la palabra en todas las lenguas posibles.

Comencemos por hacer, para nuestro objeto, el correspondiente acopio de observaciones comunes depuradas por la ciencia; y ántes que todo, fijemos el sentido de algunas palabras sacramentales.

Sonido. Es una sensación que causa en el oído el movimiento vibratorio de las moléculas que componen cualquier cuerpo; las vibraciones para ser perceptibles están sujetas á un máximo y á un mínimo que se calcula por segundo.

Comparados dos sonidos de un mismo cuerpo, se llama *agudo* al producido por mayor número de vibraciones; y al producido por ménos vibraciones, *grave*.

La serie de sonidos, desde el más grave hasta el más agudo, producida por un mismo cuerpo, se llama su *escala musical*.

Las escalas musicales se dividen en períodos de siete sonidos, que se llaman *octavas*, porque se complementan con el primer sonido del período siguiente; también reciben los períodos el nombre de *gammas*.

La fuerza de un sonido se llama *intensidad*; esa fuerza depende de varias causas.

Tono es el valor vibratorio de cada sonido, y también es la nota fundamental de una gama.

Timbre es la diferencia de sonido propio de cada instrumento.

La palabra se compone de sonidos producidos por el aire que arrojan los pulmones, haciéndole recorrer con fuerza el tubo vocal; esos sonidos, por sencillos que sean, siempre aparecen más ó ménos modificados, supuesto que el conducto por donde salen se compone de partes sumamente movibles.

Distínguense tres clases de formas fonéticas en los sonidos; y éstos, según ellas, se llaman *vocales*, *articulaciones pulsatorias* y *articulaciones perfectas*: las dos especies de articulaciones se llaman *consonantes*.

Las vocales dependen simplemente de la forma del tubo vocal: según éste se conserva más ó ménos prolongado, y más ó ménos estrecho en alguna parte de su extensión, los sonidos presentan las modificaciones que constituyen la *a*, la *e*, la *i*, la *o*, la *u* y otras: estos sonidos pueden prolongarse indefinidamente.

Las articulaciones ligeras ó pulsatorias se producen en las mismas vocales, con la circunstancia de que al formarse la vocal, sea al principio ó sea al fin, el tubo vocal se estrecha en alguna parte sin cerrarse completamente, y ese estrechamiento es rápido y brusco. Los sonidos formados de esta suerte no se prolongan con facilidad, sino repitiendo el estrechamiento, lo cual da al órgano y á la voz cierta apariencia pulsatoria. Sonidos de esta clase son la *n*, la *g*, la *s*, la *r*, la *l*, la *f*, la *v* y otras.

Las articulaciones perfectas consisten en una oclusión completa del tubo vocal, ya se verifique al iniciarse los sonidos vocales, ya sirva para terminarlos. Estas articulaciones pueden duplicarse, multiplicarse, pero no prolongarse; tales, entre otras, son la *m*, la *b*, la *p* y la *j*.

Una vocal puede iniciarse por medio de una articulacion y terminarse por otra; *paz, bom*. Varias articulaciones pueden modificar simultáneamente una misma vocal: *pla, cre, trans*.

Una vocal simple puede prolongarse hasta equivaler á dos, tres ó más vocales ligadas. Dos ó tres vocales de diversa especie pueden ligarse. Pero las consonantes no se pronuncian unas tras otras, sino picándose, y por lo mismo, cuando se agrupan forman verdaderas articulaciones.

De todo esto resulta que las vocales tengan diverso valor en cuanto á su cantidad ó extension. *A* pronunciada naturalmente es más breve que *aa*; *oo* es más breve que *oi*, porque hay un ligero cambio en el tubo vocal para pasar de la *o* á la *i*; *eee* es más breve que *eai* por los cambios que sufre el órgano fonético; pero estas vocales pueden pronunciarse tan rápidamente, que su conjunto equivalga con poca diferencia á la medida de una sola vocal.

Existe un caso en que esa contraccion de dos ó tres vocales hasta aproximarse á la duracion de una sola es imposible; y esto acontece cuando la segunda vocal, si son dos, ó si son tres cuando la segunda ó bien la tercera son más agudas que la anterior ó que las anteriores. En *leo* y en *león* la *o* suena rápidamente; pero en *leó* y en *león* se requiere un descanso ligero para pasar de la *e* á la *o*, que á su tono agudo debe una pronunciacion llena, y á veces tan prolongada, que equivale á la pronunciacion de dos sílabas. Lo mismo puede observarse en *eai*, supuesto que en *léais* tenemos una cantidad, miéntras que en *leáis* y en *leáis* tenemos el valor de dos vocales ó de dos sílabas.

La sílaba ortológica, en consecuencia, equivale al valor de una vocal naturalmente pronunciada; miéntras la sílaba prosódica puede componerse de dos ó de tres vocales, que juntas se prolongan un poco más de una sola. La sílaba ortográfica simplemente expresa que una vocal suena sola ó articulada.

Acento no significa sino lo grave ó lo agudo de cada sílaba; deberian notarse todas las agudas, y esto facilitaria la pronunciacion no solamente en cada palabra sino en sus grupos.

La cantidad de una vocal no cambia por sus articulaciones, supuesto que éstas ó son simultáneas, ó cuando son ya iniciales, ya terminales, modifican, pero no aumentan el sonido; así

es que, por regla general, las vocales articuladas, como las simples, son largas ó breves segun corresponde á su acento. Hay, sin embargo, un caso en que las sílabas articuladas tienden á prolongarse, y es cuando son varias y difíciles sus articulaciones.

Existen en el lenguaje numerosas sílabas eventuales que hasta aquí no han sido debidamente estudiadas. La consonante terminal de una palabra tiende á unirse con la vocal ó vocales iniciales de la palabra siguiente. Así *el águila* se pronuncia *e-lá-guila*; y *las Eufemias* nos dan estas sílabas: *la seu-fe-mias*. Estas sílabas eventuales siguen las reglas de las sílabas comunes, pero presentan dos fenómenos peculiares que desde ahora conviene dejar consignados.

En primer lugar, no se forma la sílaba eventual cuando entre las dos palabras existe un descanso necesario, como sucede al fin de un verso y en ciertas cesuras.

Y en segundo lugar, en las sílabas eventuales y en los grupos ó vocablos eventuales que se forman con palabras monosílabas, se inventan algunos acentos agudos que se distribuyen generalmente alternándolos con los graves. Estas observaciones se confirmarán cuando se trate del mecanismo del verso.

Lícito es afirmar, en resúmen, que la mayor ó menor cantidad de las sílabas sólo es apreciable para todos los oídos, en los casos siguientes: primero, cuando se duplica una vocal; segundo, cuando en un grupo de dos ó tres vocales el acento recae sobre la primera; tercero, en las sílabas accidentales cuando se encuentran sometidas á las reglas anteriores; y cuarto, cuando en una sílaba recae el acento agudo. Las sílabas largas se aproximan al valor de dos, y tienen exactamente este valor cuando terminan un verso ó un período en la prosa.

En todos los idiomas no hay sílaba que no sea significativa: unas expresan ideas fundamentales, y otras, ideas complementarias: las sílabas esenciales caminan cercadas de las secundarias. El instinto ha enseñado al hombre á distinguir cada sílaba fundamental de las accesorias por medio de una elevacion en el tono; así es que esas sílabas notables por su significacion, lo han sido siempre por lo agudo de su sonido. De aquí resultan los fenómenos musicales que vamos á indicar.

Las sílabas que expresan artículos, preposiciones y conjun-

ciones, formando con otras una sola palabra, son generalmente graves.

Las sílabas que expresan un nombre, un verbo, una interjección, son generalmente agudas.

Los verbos monosilábicos, cuando terminan una palabra, conservan su acento agudo.

La sílaba terminal de una palabra cuando lleva acento agudo, vale por dos sílabas si después de ella existe una pausa completa.

Todas las sílabas acentuadas son largas con relación á las graves.

Dos sílabas graves después de una acentuada pueden pronunciarse rápidamente; y por lo común así se pronuncian dando á las dos el valor de una aguda.

El acento agudo no influye sobre las sílabas anteriores sino en el caso de que éstas sean indiferentes; entónces hace grave la anterior inmediata.

La elevación de tono, que se llama acento en la sílaba de una palabra, se llama énfasis cuando afecta á toda la palabra ó á una frase.

En el énfasis pasa el tono de una octava á otra gama superior, ó lo que es más frecuente, á otras dos notas dentro de la misma octava.

Hay un énfasis inverso ó descendente, y es cuando se pronuncia una frase en una octava ó en dos notas más graves que las correspondientes al tono natural, como sucede en los paréntesis y en ciertas frases de timidez ó de susto. La fonación humana recorre por lo común tres octavas, cuando se verifica en voz alta; y en cada octava aprovecha una nota aguda y una grave para las sílabas acentuadas y para las no acentuadas.

Los grupos de tres sílabas se llaman *agudos* cuando llevan el acento en la última.

Se llaman *llanos* cuando llevan el acento en la penúltima. Y *esdrújulos* cuando tienen la antepenúltima acentuada.

Los grupos llanos pueden constar de dos sílabas.

Los grupos agudos pueden formarse de dos sílabas, y algunas veces de una, si la anterior suena necesariamente acentuada.

Todas las palabras por sí solas pueden clasificarse entre los grupos expresados.

Lo mismo puede hacerse con todas las frases. Detengámonos un poco en la observación de un fenómeno tan importante.

En este verso de Garcilaso: *Juntándolos con un cordón los ato*, no hay verso sino cuando se pronuncia así: *Juntandolós*. Lo mismo sucede en este otro verso de Quevedo: *Mostrándote dichoso é inocente*, que sin duda el autor pronunciaba *mostrandoté*. Dice el mismo Quevedo: *Ir porfiando por la senda errada*; y para obtener once sílabas nos obliga á pasar el acento de la *i* que hay en *fia* á la *a*, con lo cual *fia* se hace de dos sílabas. Dice Calderón: *Ni es la mayor cada una, ni la menor de las tres*. En estos versos podemos observar: primero, que la *u* de *una* debe pronunciarse separadamente de la *a* anterior y con acento agudo; segundo, que tenemos juntas sin acento necesario cuatro sílabas al principio del verso, *ni es la ma*; tercero, que para que esas cuatro sílabas suenen musicalmente es necesario improvisarles, por lo ménos, un acento agudo; cuarto, que este acento no puede recaer sobre *ma*, porque se juntarían tres acentos agudos produciendo una impresión desagradable; quinto, que en la contracción *ni es* cabe involuntariamente un acento, así por el esfuerzo de la misma contracción, como por formarse ésta con un verbo; sexto, que el *ni* en *ni la menor* se pronuncia acentuado, en virtud de razones comprendidas en la explicación de esta teoría; y sétimo, que resultan dos esdrújulos eventuales, *ni-la-me* y *nor-de-las*, pudiendo también dividir el verso en estos cuatro grupos: *nílame-nór-délas-trés*.

Estos ejemplos y otros fácilmente multiplicables, nos prueban que por *eufonía* ó buscando una apropiada pronunciación, podemos algunas veces cambiar de lugar los acentos, y lo que es más frecuente y necesario en los grupos de sílabas graves, improvisamos sonidos agudos, como un medio de canto y como un recurso para llamar la atención sobre la ménos indiferente de esas sílabas. Esto sin que dejen de ser necesariamente agudas las voces monosilábicas al fin de un verso ó de un período; no obstante, algunas de éstas, aun en esa posición, pueden hacerse graves completando con ellas un esdrújulo: *míralo*.

Supuestos tales principios, para saber si la prosa es un canto, comencemos por demostrar en qué consiste lo musical de la palabra.

De dos modos pueden presentarse los sonidos para ser musicales, ó son coexistentes ó sucesivos; no tenemos necesidad de ocuparnos de los sonidos simultáneos.

Una serie de sonidos sucesivos puede estar representada por una ó por varias notas: en la palabra son dos notas las que juegan, una grave y otra aguda.

Dos notas pueden prestarse á dos combinaciones fundamentales: ó se las distribuye con arreglo á su duracion, ó con arreglo á su tono. Pero como la mayor parte de las notas agudas son largas y muchas de las sílabas breves son agudas, resultaria de esto que seria indiferente hacer la combinacion con presencia de la cantidad, ó bien del acento, si no existiesen numerosas sílabas indiferentes.

Para fijar prácticamente en cada caso el valor de las sílabas indiferentes, si se computan por sólo su cantidad, tiene el orador y el poeta que considerar la posicion y los elementos fonéticos de la sílaba; pero si se escoge el acento para esa determinacion accidental, entónces, fuera de la posicion, lo que verdaderamente nos sirve de guía en cada sílaba es su importancia significativa.

Otra diferencia resulta de esos diversos modos de computacion. Procediendo por medio de la cantidad es necesario hacer resaltar no solamente el acento sino la duracion; y las naciones que hablan y versifican conforme á ese sistema, hasta en la conversacion más insignificante cantan. Las naciones que han dado preferencia al acento, se acostumbran á una desigualdad apenas perceptible entre sus notas, de donde nace que hasta en la recitacion de sus versos propenden á la monotonía.

Nuestro idioma, como todos los europeos actuales, no atiende en el verso sino á las combinaciones de notas graves y agudas. Siendo esa su base métrica, tiene que aplicarla instintivamente en la prosa. La cuestion, pues, se reduce á fijar el número de combinaciones de que son capaces dos notas, una grave y otra aguda.

Las combinaciones serian indefinidas si pudiéramos proceder alternando, por ejemplo, cinco graves con tres agudas ó seis agudas con doce graves; pero el sistema de grupos agudos, llanos y esdrújulos á que están sometidas nuestras palabras, limita la

distribucion de esos grupos en la prosa y la hace todavía más reducida en el verso.

Sin salir de la prosa podemos notar que una serie de tres ó más notas graves ó agudas es insoportable; y que lo mismo sucede con más de dos esdrújulos contiguos. Así es que hay tres clases de combinaciones musicales.

Primera, alternando una sílaba grave y una aguda ó al contrario.

Segunda, alternando rigurosamente los tres grupos silábicos, escogiendo uno de los modos en que pueden combinarse.

Y tercera, mezclando los tres grupos de modo que se evite la contigüidad de tres esdrújulos y la de tres notas agudas. Este último caso es el de la prosa; y ya hemos visto cómo dando un valor á ciertas sílabas indiferentes y cómo dislocando los acentos, no sólo para darles un lugar conveniente, sino para aumentar ó disminuir las sílabas, conseguimos dar á la prosa más comun el aire perfecto de un canto sencillo.

Tal es el talento instintivo de los niños, de las mujeres, de los pueblos primitivos y de aquellos oradores que encantan con su palabra; y esa armonía, en los escritores que la han conseguido, se descubre precisamente por la propension que tienen á convertir la prosa en verso, sujetándola á las combinaciones en que los grupos rigurosamente se alternan, y á ciertas desinencias periódicas calculadas para producir efecto en el oído. Muchos de los defectos de la prosa no son sino abusos musicales.

Las condiciones fonéticas que constituyen el verso confirmarán la teoría del canto prosaico. Las naciones que, como los latinos, han computado las sílabas por su cantidad, para convertir la prosa en verso, han apelado á los procedimientos siguientes:

1º Han distribuido las sílabas en grupos, que llaman piés, interpolando las largas con las breves. Dos largas, como *obstar*, forman un *espondeo*. Una larga y dos breves, como en *plácido*, componen un pié *dáctilo*. *Razon*, constando de una breve y una larga, es un *yambo*. Y es un *coreo* la voz *árbol*, porque consta de una larga y de una breve. En *sinceridad* las dos sílabas *ceri* son breves y forman un *pirriquo*. Así es que *pié* es una parte del verso latino, que consta de cierto número, cantidad y orden de sílabas. Y *verso* es un número determinado de piés, teniendo, en